

La formación de la clase obrera, 1870-1914

El Mundo del Trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera.

Eric Hobsbawm

Crítica, Barcelona, 1987

10. LA FORMACIÓN DE LA CLASE OBRERA, 1870-1914¹

I

Si doy a este capítulo el título de «La formación de la clase obrera», no es porque desee dar a entender que la formación de esta clase o de cualquier otra es un proceso finito como la construcción de una casa. Las clases nunca están hechas en el sentido de quedar terminadas o de adquirir su forma definitiva. Cambian constantemente. Sin embargo, dado que la clase obrera era históricamente una nueva clase —que, antes de un período especificable, ni ella misma ni las demás clases reconocían como una colectividad social o institucional—, vale la pena localizar su aparición como tal grupo social durante algún período. Eso es lo que trató de hacer E. P. Thompson en un libro que en seguida, y merecidamente, se convirtió en un clásico.² Por otro lado, la clase obrera —suponiendo que ya se la pueda llamar así— de los decenios de 1820 y 1830 era patentemente muy distinta de la clase trabajadora llamada «tradicional», sobre la cual empezaron a escribir elegías agrídulces los observadores culturales, que a veces, como en el caso de Richard Hoggart, eran de origen proletario, en el decenio de 1950. Había aún un largo trecho entre las famosas chaquetas de fustán del cartismo y Andy Capp. De lo que voy a ocuparme aquí es de la aparición de la clase obrera «tipo Andy Capp»: es decir, del proletariado británico que pasó a ser reconocible, no sólo por la prenda

1. El presente capítulo fue en un principio una conferencia «Ford» pronunciada en la Universidad de Oxford.

2. E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Londres, 1963.

con que se cubría la cabeza, acerca de la cual diré algunas cosas, sino también por el medio material en que vivía, por un estilo de vida y de ocio, por cierta conciencia de clase que de modo creciente hallaba expresión en la tendencia secular a afiliarse a sindicatos y a identificarse con un partido de clase: el Laborista. Es la clase trabajadora de las finales de copa, de las tiendas de *fish-and-chips*, del *palais-de-danse*, y del Laborismo. Desde el decenio de 1950 esta clase se ha contraído y a la vez ha cambiado, aunque los teóricos de 1950 que hablaban de «ausencia de sentimiento de clase» y del «aburguesamiento» se equivocaron al predecir su disolución. Todavía queda una parte muy grande de ella. Sin embargo, desde 1950 las transformaciones han sido profundas. Con todo, no voy a ocuparme en el presente artículo de estos fenómenos más recientes relativos a la clase obrera. Junto con un grupo de personas del movimiento obrero, comentaré la naturaleza y las consecuencias de estos cambios en otra parte.³

Pero mi título también es un tributo y al mismo tiempo una crítica del notable libro de E. P. Thompson. En cierto sentido, Thompson estuvo acertado al fechar la aparición de la clase trabajadora en la sociedad británica a principios del siglo XIX, puesto que en la era del cartismo ya se había formulado la imagen de la sociedad británica que expresa el «lenguaje de clase» de Asa Briggs, y se había formulado como una imagen trinitaria de terratenientes, burguesía y clase obrera. Y esta imagen ya da a entender la absorción conceptual en la clase trabajadora de todo tipo de estratos sociales que seguían existiendo de hecho, pero que, por así decirlo, se habían vuelto socialmente invisibles. El nutrido grupo de personas que desempeñaban un papel tan importante, y con frecuencia tan consciente, en el escenario social de otros países bajo nombres tales como «campesinado», «pequeña burguesía», «pequeño artesanado», etc., no aparece en Gran Bretaña. En la época del cartismo, términos como «artesano», «oficial» (o, para el caso, virtualmente todos los términos asociados con el antiguo mundo de productores pequeños e independientes y sus organizaciones) denotan algo parecido al asalariado cualificado más que al productor independiente, mientras que, a la inversa, el término «manufacturero», que antes se refería vagamente

3. Martin Jacques y Francis Mulhern, eds., *The Forward March of Labour Halted?*, Londres, 1982.

a la fuerza laboral, acabó siendo monopolizado por el patrono industrial. La polarización de la terminología es indicio de transformación económica. Si las palabras *trade* [oficio] y *tradesman* [hombre con oficio], cuando eran utilizadas por trabajadores, adquirieron el sentido principal de habilidad industrial, los mismos términos, al ser usados por las clases media y alta, acabaron denotando de modo exclusivo la función del minorista. En el hueco intermedio desapareció el clásico *Handwerker, artisan o artigiano* que fabricaba y al mismo tiempo vendía.

Más si el período que señala Thompson es importantísimo, de esta y de otras maneras, por la aparición, la «formación» de la clase obrera inglesa, a mi modo de ver Thompson se equivoca al sugerir —pues no hace más que sugerir— que las clases trabajadoras del período anterior al cartismo, o durante éste, *eran* la clase obrera tal como evolucionaría más adelante. A pesar de la notable y, juzgada según pautas internacionales, excepcional continuidad del movimiento sindical respecto de su pasado artesano preindustrial, la mayoría de las obras posteriores a la de Thompson han demostrado que es muy peligroso ver, en los decenios posteriores a Napoleón, el proletariado, los movimientos obreros y las ideologías de nuestro siglo. De hecho, la falta de continuidad entre los movimientos obreros de antes y de después del cartismo, la distancia de generaciones entre el socialismo de Owen y el renacimiento socialista del decenio de 1880, es tan obvia, que los historiadores siguen intentando explicarla. Puede que algunas de nuestras organizaciones sean muy antiguas, y puede que se conserve algún que otro fragmento del folclore, pero la verdad es que la historia continua de los movimientos obreros británicos, incluyendo su memoria histórica, no empieza hasta mucho después de los cartistas. Si la tradición viva del movimiento se remonta hasta mucho más allá, es porque los historiadores de la clase obrera han desenterrado el pasado más remoto y lo han introducido en el movimiento, donde se ha transformado en parte del bagaje intelectual de los activistas. El owenismo, el cartismo y el resto, así como las clases trabajadoras de ese período inicial, son, por supuesto, los antepasados de la posterior clase trabajadora británica y sus movimientos, pero en algunos aspectos de gran importancia son fenómenos diferentes. En este sentido, la clase trabajadora no se «hace» hasta mucho después del período en que termina el libro de Thompson.

II

No es nada extraño que la clase trabajadora de la economía de los últimos tiempos de la época victoriana, una economía poderosa y de amplia base, fuera muy diferente de las clases trabajadoras del período anterior a la construcción de la red de ferrocarriles. No hace falta que malgastemos tiempo en demostrar un hecho tan obvio. En 1851 había más zapateros que mineros, el número de sastres superaba en dos veces y media el de ferroviarios, y había más trabajadores de la industria sedera que empleados de comercio. El taller del mundo no era todavía lo que Clapham denominó «el estado de la industria», ni en su escala, su pauta o su tecnología y su organización industrial. Si Lancashire ya había encontrado su pauta industrial, Birmingham, Sheffield, Tyneside y el sur de Gales la estaban encontrando o iban a encontrarla pronto. De lo que se trata es más bien de cómo la nueva y ampliada economía industrial afectó a la clase obrera: de diversas maneras.

En primer lugar, experimentó un gran incremento de su tamaño absoluto y de su concentración. Mientras que el porcentaje total de los empleados en las manufacturas, la minería y la industria no aumentó mucho entre 1851 y 1911, y apenas lo hizo hasta el decenio de 1890 —pero sí aumentó en el transporte— ahora constituía una masa mucho mayor y más concentrada.⁴ En 1911 había en Gran Bretaña treinta y seis ciudades de más de 100.000 habitantes, comparadas con las diez que había en 1851; y en ellas vivía el 44 por 100 de la población total comparado con el 25 por 100. Entre 1871 y 1911 Merseyside aumentó en alrededor de las tres cuartas partes y Tyneside casi triplicó su población. También aumentó el tamaño medio de los establecimientos en los que trabajaba la gente, aunque en las industrias que habían establecido su pauta mucho antes quizá esto no alteró el orden general de magnitud. Tanto si los 400 mineros y pico que formaban la fuerza laboral media de una mina de Yorkshire y de Glamorgan-Monmouth en 1912 eran muchos más que antes como si no, las minas de semejante envergadura eran conocidas desde hacía mucho tiempo; y los 220 operarios que trabajaban en la

4. *The Economic History of Modern Britain II*, Cambridge, 1932, p. 24.

5. Phyllis Deane y Alan Cole, *British Economic Growth 1688-1959*, Cambridge, 1967, pp. 142-143.

típica fábrica de algodón en 1906, aunque superiores en una cuarta parte al número de los que trabajaban en ella en 1871, apenas transformaron el carácter de tales establecimientos.⁶

Por otro lado, no podemos por menos de sorprendernos ante el surgimiento de grandes concentraciones industriales allí donde previamente no existía ninguna. Antes del decenio de 1850 no hay nada que pueda compararse con el Tyneside de mediados de la época victoriana, donde en el decenio de 1860 encontramos ya quizá doce astilleros que dan trabajo a un mínimo de 1.500 hombres cada uno; Armstrongs, tenía ya entre 6.000 y 7.000 en sus talleres de Elswick. Pero en 1914 eran ya 20.000, lo que representa alrededor del triple. Del mismo modo los talleres del Great Western Railway en Swindon triplicaron su fuerza laboral de 1875, y en 1914 alcanzaba la cifra de 14.000 trabajadores. Hay una diferencia cualitativa, y no sólo cuantitativa, entre Barrow-in-Furness en 1871-1872, período en que el mayor astillero y la mayor industria mecánica de la ciudad contaban con 600 hombres cada uno, y el Barrow de la primera guerra mundial, en el que la Vickers tenía empleados a 27.000 mecánicos y 6.000 obreros constructores de buques.⁷

En segundo lugar, la composición profesional de las clases trabajadoras cambió de modo considerable, como atestigua el hecho de que los ferroviarios, que no llegaban a los 100.000 en 1871, pasaran a ser 400.000 en 1911; de que los mineros pasaran de medio millón a 1.200.000 en el mismo período, mientras que el total de la población masculina de Inglaterra, Gales y Escocia aumentaba sólo en un 60 por 100. Y lo mismo, evidentemente, ocurrió en el caso de su composición por edades y sexos, con el descenso del empleo de chicos en edad escolar del 30 por 100 de todos los niños en 1851 al 14 por 100 en 1914,⁸ y la modesta, pero novedosa, penetración de las mujeres en industrias fabriles que no eran del ramo textil. Los cambios experimentados por las habilidades manuales de los

trabajadores son menos evidentes y continúan suscitando muchos debates. A pesar de ello, es innegable que en 1875 los principales sindicatos nacionales eran con mucho el de Mecánicos Unidos y el de Operarios de Albanilería, a los que seguían, por el orden que se indica, el de Caldereros, el de Carpinteros y Ebanistas Unidos, el de Sastres Unidos y el de Hilanderos de Algodón. Después de 1895 el Congreso de los Sindicatos se vio notoriamente dominado por los grandes batallones del carbón — organizados ahora a escala nacional — y del algodón, y en 1914 por la Triple Alianza del Carbón, el Transporte y los Ferrocarriles. Asimismo, hasta los poderosos grupos de aristócratas obreros dependían de modo creciente y necesario, no de la indispensabilidad de las habilidades manuales insustituibles, sino de los monopolios del empleo garantizados por la fuerza de organizaciones que impedían la entrada de otros obreros que muy fácilmente hubiesen podido hacer su trabajo. De ahí que durante la primera guerra mundial el problema más acuciante de la clase obrera fuese la «dilución».

En tercer lugar, el aumento de la integración nacional y de la concentración de la economía nacional y sus sectores, y el papel cada vez mayor que el estado desempeñaba en ambas, transformaron las condiciones del conflicto industrial. Bastará con recordar que, a efectos prácticos, el conflicto laboral en forma de huelga nacional o cierre patronal no existe antes del decenio de 1890. De hecho, Cronin demuestra que ni siquiera la huelga probó su utilidad hasta después de 1870.⁹ Para el caso, el convenio colectivo negociado a escala nacional brilla por su ausencia antes de 1890, exceptuando algunas partes de la industria algodonera donde «la nación» coincidía con secciones de Lancashire. En 1910, como señalan Clegg, Fox y Thompson,¹⁰ ya había convenios de este tipo en los ramos de ingeniería, construcción naval, imprenta, hierro y acero, y calzado, así como mecanismos equivalentes en otras partes. Asimismo, del interés directo y urgente que el gobierno mostraba por las relaciones laborales son ejemplo, no sólo la creación del Departamento de Trabajo del Ministerio de Comercio (1893) y el creciente alcance de sus actividades, sino también la intervención directa de políticos de categoría

6. H. S. Jevons, *The British Coal Trade*, Londres, 1915: calculado a partir de datos de las pp. 65, 117; *Earnings and Hours Enquiry I: Textile Trades*, P.P. LXXX/I de 1909, p. 27; J. H. Clapham, *loc. cit.*, pp. 115, 117.

7. John Marshall, *The Industrial Revolution in Furness*, Barrow, 1958, p. 356; James Hinton, *The First Shop Stewards' Movement*, Londres, 1973, p. 28; M. C. Reed, ed., *Railways in the Victorian Economy: Studies in Finance and Economic Growth*, Newton Abbot, 1969, p. 125.

8. E. D. Hunt, *British Labour History 1815-1914*, 1981, p. 17.

9. James E. Cronin, «Strikes 1870-1914», en C. J. Wrigley, ed., *A History of British Industrial Relations 1875-1914*, Brighton, 1982, capítulo 4.

10. H. A. Clegg, Alan Fox, A. F. Thompson, *A History of British Trade Unions since 1889*, Oxford, 1964, p. 471.

en las disputas laborales; la incursión de Rosebery en el cierre patronal del carbón en 1893 fue el primer ejemplo importante de ello.¹¹

4) En cuarto lugar —y ahora dejamos la economía para ocuparnos de la política—, había la ampliación del sufragio y la política de masas. A partir de aquel momento, lo que pudieran pensar y querer los votantes proletarios fue una de las grandes preocupaciones de los políticos, y, a la inversa, lo que pudiera obligarse al gobierno a hacer fue una preocupación, de carácter mucho más práctico, de los trabajadores, aunque tardaran cierto tiempo en percatarse de ello. Cuando los políticos —estoy citando al Churchill de la época eduardiana— pensaban que el problema principal era impedir que la política de partidos se convirtiese en política de clases, también era más probable que a los trabajadores les llamase la atención el potencial de una política de clases a escala nacional. Pertenecer al «Trabajo», es decir, al trabajo manual, adquirió una dimensión política que no había tenido desde el cartismo.

Estos acontecimientos son importantes porque sin ellos es difícil comprender cómo ese conjunto de microcosmos que constituían el mundo obrero británico, esa colección de pequeños mundos a menudo estrictamente independientes, pudo transformarse en un fenómeno nacional. Veamos un ejemplo tardío y bastante extremo: el W. P. Richardson (1873-1930). Nació y vivió toda su vida en Usworth, County Durham, trabajó durante treinta años en la mina de carbón de Usworth, se casó con la hija de un minero de la localidad, presidió el consejo parroquial de Usworth, dirigió el coro de la Usworth Colliery Primitive Methodist Chapel y escribía una columna sobre las aves de corral para el periódico local. Cabe decir sin miedo a equivocarse que si, por ejemplo, Manchester hubiese sido destruido por un terremoto, en la práctica nada habría cambiado para Richardson. Sin embargo, este hombre, que estaba tan arraigado en su pueblo como cualquier lechera de Herefordshire, ayudó a fundar la rama local del Partido Laborista Independiente, fue miembro del consejo de administración del *Daily Herald*, paladín de la

11. Chris Wrigley, «The government and industrial relations», y Roger Davidson, «Government administration», en C. J. Wrigley, ed., *op. cit.*, capítulos 7, 8.

nacionalización de todas las minas, y sería el tesorero nacional de la Federación de Mineros. En modo alguno es esto un fenómeno tan natural como puede parecer al verlo retrospectivamente. Para los mineros de la generación de Richardson se hizo más fácil, y en muchos sentidos esencial, ver Usworth como parte, no sólo de la cuenca minera de Durham, sino de una industria carbonera nacional, a la vez que ser minero suponía pertenecer a una clase trabajadora nacional cuyas aspiraciones políticas y sociales concretas hallaban expresión en un partido del Trabajo independiente que tuviese sus propios periódicos y programas específicos. Una figura de más edad como Henry Rust (1831-1902) nunca reconocería del todo el hecho de que los mineros de West Bromwich y Darlaston pudieran ganar algo uniéndose al resto de los mineros de las Midlands, y mucho menos ingresando en la Federación Nacional de Mineros.¹²

A la vista de todo ello, cabría esperar que cambiase la propia clase trabajadora. Pero, ¿cómo y cuándo? Permítanme que les presente el caso sencillo, y aparentemente frívolo, de Andy Capp. ¿En qué momento esta forma particular de prenda para la cabeza —la gorra de paño— se hizo característica del proletariado británico? Ciertamente no lo era en el decenio de 1870, en Londres, pues Jules Vallès, el refugiado *communard*, se quejó específicamente de la falta de conciencia de clase entre los trabajadores locales, porque, en sus horas libres, y a diferencia de los artesanos parisienses, no llevaban «la blouse et la casquette».¹³ En las ilustraciones y fotografías de los decenios de 1870 y 1880 vemos una mezcla de prendas para la cabeza y, dicho sea de paso, ni siquiera las gorras estaban ya estandarizadas, como demuestra el gorro de cazador de ciervos que usaba Keir Hardie. Pese a ello, en 1914 cualquier foto donde salgan masas de trabajadores británicos, en el lugar de trabajo o fuera de él, muestra ya el conocido mar de gorras de paño con visera. La cronología detallada de esta transformación se hará cuando se haya investigado el abundante material iconográfico de que se dispone. Pero es evidente que en cuestión de más o menos un par de decenios los trabajadores varones de Gran Bretaña adquirieron la costumbre de llevar un distintivo que les clasificaba inmediatamente como miembros de

12. La información sobre Richardson y Rust procede de Joyce Bellamy y John Saville, eds., *Dictionary of Labour Biography*, vols. III, II.

13. Paul Martinez, «The French Communard Refugees in Britain 1871-1880», tesis doctoral de la Univ. de Sussex, 1981, p. 341.

una clase. Y, además, eran conscientes de ello. El argumento de este capítulo es que la clase trabajadora llamada «tradicional», con sus pautas y criterios de vida concretos, no hizo su aparición mucho antes del decenio de 1880 y fue adquiriendo su forma a lo largo de los dos decenios siguientes. Quizá debería añadir que éste fue también el período en que apareció la «clase media» tal como la conocemos, la cual, de hecho, es muy distinta de sus predecesoras de comienzos y mediados de la época victoriana, así como de la alta burguesía del «sistema». El súbito auge de la gorra tiene su paralelo en el auge igualmente rápido de la corbata de la escuela¹⁴ y en el todavía más rápido del club de golf. Entre 1890 y 1895 se fundaron en Yorkshire veintinueve campos de golf: antes de 1890 había solamente dos.¹⁵ Sin embargo, aunque la reestructuración de cada uno de los dos principales estratos sociales de Gran Bretaña es inseparable de la del otro, no es éste el tema del presente capítulo.

III

Todos los historiadores de la clase obrera saben que el decenio de 1880 fue el período en el que tuvo lugar el llamado renacimiento del socialismo en Gran Bretaña, pero los fenómenos de que me ocupo aquí son, desde el punto de vista estadístico, más significativos que los cambios ideológicos entre los pocos centenares de personas que en el citado decenio constituían las organizaciones socialistas británicas y sus simpatizantes. Son fenómenos aún más impresionantes que los comienzos de la transformación del sindicalismo en este decenio, la que recibe el nombre de «nuevo» sindicalismo. Escojo el decenio de 1880 porque la considerable transformación de las condiciones materiales de la vida obrera y de lo que cabría denominar «la orientación social e institucional del rumbo de la clase trabajadora en su travesía del territorio de la vida nacional» apenas eran visibles antes de dicho período. No pretendo decir que no estuvieran presentes. Es fácil jugar al conocido juego del historiador consistente en empujar los orígenes hacia atrás, sobre todo hacia un período en el que, como los decenios posteriores al cartismo, se advierte tan curiosa

14. Véase E. J. Hobsbawm y T. Ranger, eds., *The Invention of Tradition*, Cambridge, 1983, p. 295.

15. *Victorian County History of Yorkshire*, Londres, 1914, II, pp. 543 ss.

ausencia de un perfil definible de la clase trabajadora; un período en el que aún suele ser difícil saber a punto fijo si los días de descanso de los trabajadores eran el fin de semana —la famosa *semana inglesa* con la que soñaban los trabajadores continentales— o el tradicional San Lunes.¹⁶ Así, tomando un hito conocido del mapa de la clase trabajadora «tradicional», la tienda de *fish-and-chips* tuvo su origen, probablemente en Oldham, en el decenio de 1860, y una empresa local empezó a fabricar cocinas económicas destinadas exclusivamente a freír pescado en la primera mitad del decenio de 1870. En 1876 a este comercio se le seguía calificando de «pequeño», mientras que en 1914 había ya cerca de 25.000 freidorías de pescado.¹⁷ El origen de otras innovaciones del decenio de 1880 se remonta al de 1870. El fútbol ya tenía una modesta vida subterránea como deporte espectáculo para proletarios en las postrimerías del decenio de 1870.¹⁸ Los agentes profesionales y la contratación nacional de artistas de *music-hall* son, a lo que parece, un fenómeno del mismo decenio, durante el cual también tuvo lugar el nacimiento de la prensa profesional del negocio de la música popular.¹⁹ No es mi intención reivindicar derechos de patente basados en la prioridad de ningún decenio determinado, sino sencillamente señalar que, prescindiendo de lo que ocurriera en el de 1870, la nueva pauta salió a la escena nacional en el decenio de 1880 y ya no es posible seguir pasándola por alto, aunque tanto los observadores de clase media de la época como los historiadores subsiguientes llevan ya mucho tiempo sin prestarle atención.

Tres factores influyeron en las condiciones materiales de vida de los trabajadores después de 1870: la espectacular caída del coste de la vida durante la llamada Gran Depresión de 1873-1896; el descu-

16. E. H. Hunt, *Labour History*, pp. 77-79; D. A. Reid, «The decline of Saint Monday 1766-1876», en *Past and Present*, n.º 71 (1976), pp. 76-101.

17. T. C. Barker, J. C. McKenzie y J. Yudkin, eds., *Our Changing Fare: Two Hundred Years of British Food Habits*, Londres, 1966, p. 110; «Chatchip» (W. Loftas), *The Fish Frier and his Trade: Or How to Establish and Carry on an Up-to-date Fish Frying Business*, Londres, sin fecha, pp. 15, 23-24. De las diez empresas fabricantes de cocinas económicas que se mencionan o que se anuncian en este manual, todas menos dos están en Lancashire y Yorkshire.

18. Tony Mason, *Association Football and English Society, 1863-1915*, Brighton, 1980.

19. C. D. Stuart y A. J. Park, *The Variety Stage*, Londres, 1895; G. J. Mellor, *The Northern Music Hall*, Newcastle, 1970.

brimiento del mercado de masas nacional, incluyendo el de los trabajadores bien pagados o, cuando menos, con empleo regular, para artículos producidos o tratados industrialmente; y (después de 1875) la denominada «vivienda estatutaria» (al amparo de la sección 157 de la Ley de Salud Pública), que, de hecho, creó una parte muy grande del entorno en que se desarrollaba la vida de la clase trabajadora: las hileras de casas pegadas unas a otras fuera del centro antiguo de las ciudades. Todo ello entrañaba o se basaba en la mejora modesta, fragmentaria pero a todas luces innegable del nivel de vida del grueso de los trabajadores británicos, que no es motivo de discusiones ni siquiera entre los historiadores. El aspecto crucial de dicha mejora no es la mera subida de las rentas reales y el gasto de consumo, sino los cambios estructurales que los mediaron. Donde más espectaculares son dichos cambios es en la distribución, es decir, en el declive relativo de los mercados al por menor y los comercios pequeños y en la ascensión, por un lado, de las cooperativas (el número de cuyos miembros pasó de alrededor de medio millón a finales del decenio de 1870 a cerca de un millón en 1890 aproximadamente, y a tres millones en 1914) y, por otro lado, en el auge de las tiendas múltiples que darían a la calle mayor de los pueblos y ciudades de Gran Bretaña su aspecto característico entre el decenio de 1890 y la aparición del moderno supermercado a partir del de 1950.²⁰ Tampoco hay que olvidar el nacimiento y la institucionalización de la venta a plazos que hizo posible transformar el interior de la vivienda obrera. Su historia no ha recibido aún la atención que merece, aunque se está trabajando en ella. También en este caso parece que los decenios de 1880 y 1890 fueron decisivos. Las fechas de los casos clave, los que aclararon las confusiones jurídicas y financieras en torno a esta costumbre en aumento, son 1893 y 1895.²¹ Pero la distribución y la manufacturación no pueden separarse. La producción en serie de té envasado en paquetes estandarizados data de 1884,²² y las nuevas compotas y conservas que cambiaron la dieta de la clase trabajadora se elaboraban en las fábricas que los historiadores de la

20. J. B. Jefferys, *Retail Trading in Britain, 1850-1950*, Cambridge, 1954; W. Hamish Fraser, *The Coming of the Mass Market, 1850-1914*, Londres, 1982.

21. Cyril Ehrlich, *The Piano, A History*, Londres, 1976, pp. 102-103.

22. John Burnett, *Plenty and Want: A Social History of Diet in England from 1815 to the Present*, Londres, 1966, p. 111.

clase obrera conocen principalmente porque fueron escenario de las primeras luchas de las trabajadoras fabriles.

En cuanto a la vivienda, el principal fenómeno no era sólo que ahora se construían casas algo más grandes y mejores, sino que se estaban formando calles y barrios aparte para obreros y, de hecho, sobre todo con la explotación masiva del transporte público y barato en el decenio de 1880, hasta algunos barrios residenciales para trabajadores, principalmente barrios interiores. Sobre el efecto de esta creciente segregación residencial diré algo más adelante. En cuanto a los barrios residenciales para trabajadores, vale la pena apuntar que su aparición tendía a debilitar o cortar uno de los vínculos existenciales más fuertes de la comunidad obrera: el que había entre el lugar de trabajo y el lugar donde se vivía, aunque probablemente sólo ocurría así en Londres. En 1905, el London County Council calculó que 820.000 trabajadores hacían un largo viaje cada día para ir a trabajar a Londres.

La transformación más espectacular, por supuesto, tuvo efecto en la pauta de ocio y vacaciones de la clase trabajadora. No hará falta que les recuerde hoy la elevación del fútbol a la categoría de deporte espectáculo nacional y cada vez más proletario, ni la formación de una cultura futbolística masculina, cuya consagración definitiva fue la asistencia del rey a la final de copa a partir de 1913. Tampoco es preciso recordar que la emancipación del fútbol de (o, mejor dicho, contra) el patronazgo de las clases media y alta tuvo lugar en el decenio de 1880 con el triunfo de Blackburn contra los Old Etonians; la franca profesionalización del deporte, en 1885; y la instauración de la Liga, en 1888. Por cierto, esa instauración se hizo de acuerdo con el modelo del sistema creado anteriormente en los Estados Unidos para el béisbol profesional.²³ Salta a la vista que el decenio de 1880 fue igualmente importante para la evolución de las vacaciones de la clase trabajadora. El primer volumen del *Herapath's Railway Journal* en cuyo índice aparece el apartado de «tráfico de vacaciones» como tal es el de 1884, y los comentarios del periódico merecen citarse:

Año tras año crece la importancia del tráfico de vacaciones en la Pascua, en Pentecostés y en agosto. Sus dimensiones todavía no

23. Geoffrey Green, *The History of the Football Association*, Londres, 1952, p. 105.

CUADRO 1

Inversiones previstas en muelles de diversión, 1863-1899

Periodo	Clase media		Clase obrera	
	Total (miles de libras)	Promedio anual (miles de libras)	Total (miles de libras)	Promedio anual (miles de libras)
1863-1865	78	26	30	10
1866-1870	112,5	22,5	25	5
1871-1875	98,5	19,7	30	6
1876-1880	184,4	36,9	83,8	16,8
1881-1885	292	58,4	70	14
1886-1890	174,5	34,9	75,5	15,1
1891-1895	172	34,4	291,5	58,3
1896-1899	158	39,5	191,9	48

Este índice, que es forzosamente tosco, muestra el incremento de los centros de vacaciones de la clase obrera a partir de finales del decenio de 1870, pero, sobre todo, el enorme aumento de las propuestas de inversión en el decenio de 1890, que por primera vez hizo que los planes de inversión en diversiones para la clase obrera en vacaciones superasen de modo considerable las destinadas a la clase media.

A modo de ilustración de lo que acabamos de decir, recurriremos al ejemplo clásico de Blackpool, donde las primeras señales reales de acción se registran en el decenio de 1860 con la inauguración del segundo muelle, el North Pier (costó poco más de la mitad de lo que se gastó en el de Ventnor, en la isla de Wight), y del primer teatro. En el decenio de 1870 se advierte claramente que el negocio empieza a ser muy importante: el Winter Garden (que costaría 107.000 libras) se inició en 1878. Pero el Blackpool que mejor co-

English Social History; J. Lowerson y J. Myerscough, *Time to Spare in Victorian England*, Brighton, 1977, pp. 30-44. En el último período probablemente se exagera la inversión correspondiente a la clase media, en parte porque se rechazaron varios proyectos importantes para préstamos, en parte porque, andando el tiempo, hasta los lugares de vacaciones de la clase media reconocieron, a veces de mala gana, el potencial financiero del mercado de masas.

han aumentado hasta el punto de afectar los dividendos, pero es fácil prever un momento en que sucederá así ... Puede que nunca convirtamos la Pascua en un carnaval, pero nuestras masas trabajadoras parecen decididas a aprovecharla como unas vacaciones importantes.²⁴

El crecimiento de los vínculos entre las ciudades fabriles y Blackpool puede seguirse a través de Bradshaw. En 1865 había sólo dos trenes diarios con vagones de tercera clase entre Bolton y Blackpool; en 1870, cuatro; en 1875, doce; en 1880, trece; en 1885, catorce; pero en 1890 ya eran veintitrés. Pero hay como mínimo una forma más general y menos intensiva en trabajo de calcular el crecimiento del negocio de las vacaciones, toda vez que una declaración anual del Ministerio de Comercio, al amparo de una ley de 1861, nos permite medir el importe de las inversiones que se proponían llevar a cabo en muelles y obras portuarias; muchos de tales muelles estaban destinados a diversiones y eran estructuras de esas que son tan características de las vacaciones en la costa inglesa.²⁵ El cuadro 1 divide las inversiones propuestas en inversiones destinadas principalmente a lugares de vacaciones para la clase media y las correspondientes a este tipo de lugares para la clase obrera, omitiendo los casos dudosos.²⁶

24. *Herapath's Railway Journal*, 19 de abril de 1884, p. 441.

25. Esto se hizo al amparo de la Ley General de Muelles y Puertos de 1861. Datos en P.P. LXII, 1863; LV, 1864; L, 1865; LXVI, 1866; LXIII, 1867-1868; LIV, 1868-1869; LIX, 1870; LX, 1871; LII, 1872; LVIII, 1873; LIX, 1874; LXVII, 1875; LXV, 1876; LXXIII, 1877; LXVII, 1878; LXIV, 1878-1879; LXVI, 1880; LXXXII, 1881; LXII, 1882; LXII, 1883; LXXI, 1884; LXX, 1884-1885; LIX, 1886; LXXIV, 1887; XC, 1888; LXIX, 1889; LXVI, 1890; LXXVI, 1890-1891; LXXI, 1892; LXXX, 1893-1894; LXXVI, 1894; LXXXVII, 1895; LXXV, 1896; LXXVIII, 1897; LXXXIII, 1898; LXXXVII, 1899. Véase también: *Return from the Authorities of Harbours ... Giving description of works executed within the last twenty years, distinguishing Piers, Docks ... etc.*, P.P. LXII de 1883.

26. A los centros de vacaciones en la costa se les ha asignado su «tono social» (utilizando las palabras apropiadamente victorianas de H. J. Perkin) a la luz del conocimiento general (p. ej., Torquay o Skegness) y de la labor de numerosos investigadores, empezando por E. W. Gilbert, «The growth of inland and seaside health resorts in England», en *Scottish Geographical Magazine*, LV (1939). Para una bibliografía, véase J. Walvin, *Leisure and Society 1830-1950*, Londres, 1978; véase también H. J. Perkin, «The "social tone" of Victorian seaside resorts in the Northwest», en su *The Structured Crowd: Essays in*

nocemos es el del decenio de 1890: el de la Torre, la Noria, el Muelle Victoria en la Costa Sur, el paseo ampliado, el Teatro de la Ópera (1889), el mercado nuevo, la biblioteca gratuita, el ayuntamiento y, para colmar la medida, un tribunal local y un escudo de armas.

Ahora bien, todo el mundo sabe que los trabajadores británicos, a diferencia de la clase media inglesa, que creó un alto grado de estandarización durante este período —especialmente en su forma de hablar—, no perdieron su identidad regional o siquiera local, ni sus peculiaridades, gustos y orgullo locales. Y, pese a ello, resulta igualmente claro que la nueva pauta de vida era más homogénea, a escala nacional, que cualquiera que existiese antes. En la mina a veces los mineros insistían en llevar la ropa de trabajo que dictaba la costumbre regional. Incluso en la segunda guerra mundial, cuando el Ministerio de Comercio intentó sustituir esta ropa por prendas «de utilidad» estandarizadas, los sindicatos pusieron el grito en el cielo. Con todo, fuera del trabajo, el minero, como la mayoría de los demás trabajadores varones, vestía igual desde Blyth hasta Midsummer Norton. El trabajador se identificaba con su equipo local contra el resto del mundo (de hecho, en las ciudades suficientemente grandes se identificaba con una de las dos mitades —City o United, Forest o County— que definían al ciudadano de Manchester, de Nottingham o de donde fuera). Pese a ello, la pauta de la cultura futbolística era la misma en todas partes (con una dosis de emoción extra de más o de menos según el lugar) y era nacional o, para ser más exactos, una pauta de la nación proletaria, toda vez que el mapa de la Liga de Fútbol era virtualmente idéntico al mapa de la Inglaterra industrial. Era nacional hasta en la simbólica conquista anual del espacio público de la capital de la nación por los dos ejércitos proletarios locales que invadían Londres para la final de copa. Desde las postrimerías del decenio de 1860 existían rituales colectivos regionales del mismo tipo, señaladamente las manifestaciones anuales de los mineros, de las que ha sobrevivido la Gala de los Mineros de Durham (quizá sólo porque, a diferencia de las otras, tenía exactamente esta característica de ocupación simbólica de una capital local por parte de los mineros), pero aún no existían rituales nacionales.

Una pauta nacional única, bastante estandarizada, de la vida de la clase trabajadora: y, al mismo tiempo, una pauta que cada vez era más específica de la mencionada clase. Lo que tanto llama la atención

es la segregación del mundo del trabajador manual británico.²⁷ En primer lugar, era una segregación residencial que iba en aumento, debido tanto al éxodo de la clase media y de la baja clase media, que abandonaban zonas que antes eran mixtas (se ha estudiado el proceso en el caso del East End de Londres), como a la construcción de barrios urbanos y barrios residenciales nuevos y destinados de facto a una sola clase. Algunos de estos nuevos barrios, edificios y bloques iban destinados a la clase trabajadora, como era el caso, por ejemplo, del Queen's Park Estate en Paddington; la mayoría, para los nuevos habitantes de barrios residenciales, a los que, muy acertadamente, se identificaba con la nueva baja clase media formada por oficinistas; y para los «torios de villa», es decir, el tipo de gente que naturalmente, como el *Cornhill Magazine* lo planteaba en 1901, viviría, si pudiese, en uno de los «barrios residenciales de oficinistas» que había en Londres: Clapham, Forest Gate, Wandsworth, Walthamstow o Kilburn.²⁸ Otros no se proyectaban para determinado estrato social o estilo de vida, pero acababan siendo residencia de una sola clase porque los alquileres eran prohibitivos para los pobres o, más probablemente, porque, de hecho, cada vez era mayor la divergencia entre el estilo de vida de los trabajadores manuales y el de los empleados «de cuello blanco» con ingresos comparables. A principios del decenio de 1900 la separación residencial de los trabajadores mejor pagados (los «artesanos») y la baja clase media de nuevo cuño no era en modo alguno universal. Según se decía, las mejores viviendas populares —casas de cinco o seis habitaciones— seguían habitándolas indistintamente «artesanos, oficinistas, agentes de seguros, tenderos», etcétera, en Birkenhead, Bolton, Chester, Crewe, Croydon, Darlington, Derby, Hull, Newcastle, Oldham, Portsmouth, Preston, Sheffield, South Shields y Wigan; pero en cierto número de lugares se señala de forma específica la ausencia de trabajadores en este tipo de alojamiento, o se dice que era habitado «con más frecuencia por oficinistas, dependientes y demás que por personas de la índole que habitualmente se incluye en el término

27. Para una impresión de un «gueto» obrero, véase C. F. G. Masterman en *The Heart of the Empire*, Londres, 1901, pp. 12-13.

28. G. S. Layard, «Family Budgets II», en *Cornhill Magazine* N.S.X., 1901, pp. 656 ss.

“clases trabajadoras”». ²⁹ Entre estos lugares se contaban Birmingham, Bradford, Bristol, Burton-on-Trent, Gateshead, Grimsby, Halifax, Hanley, Huddersfield, Kidderminster, Liverpool (o, al menos, Bootle), Manchester, Middlesbrough, Northampton, Norwich, Nottingham, Plymouth, Reading, Southampton, Stoke on Trent, Walsall, Wolverhampton y la mayor parte de los alrededores de Londres. Dado que las mejores viviendas solían ser las de construcción más reciente, es razonable suponer que la segregación iba en aumento.

Por supuesto, ocurría igual, y por la misma razón, en lo que se refiere a la segregación entre los artesanos bien pagados y los mal pagados, aun cuando su cohabitación sigue advirtiéndose en varias ciudades —Norwich, Nottingham, Preston y Stockport, por ejemplo— y aun cuando la concentración de la clase trabajadora en la zona interior de las ciudades, y su resistencia a trasladarse demasiado lejos del trabajo, según se observa en varias poblaciones, significaba que los «cinturones» obreros, aunque estratificados desde el punto de vista residencial, formaban un barrio coherente. Los edificios Shaftesbury de Battersea, que eran un baluarte de artesanos (y del socialismo de Battersea) formaban, después de todo, parte de esa zona que hay entre Lavender Hill y el río en la que «se halla alojado ... el grueso de la clase trabajadora». ³⁰

En segundo lugar, los trabajadores se veían segregados por las expectativas. Como dice Robert Roberts, antes de 1914 «los trabajadores cualificados generalmente no se afanaban por ingresar en un rango superior», ³¹ pero, de hecho, hasta la oportunidad de mejorar en el estrato inferior a la clase media aceptada se vio disminuida por dos acontecimientos: el creciente recurso a la escolarización formal como criterio de clase, por no decir como medio de salir de la clase trabajadora manual, y el ocaso de la otra forma de avanzar hacia la propia estimación y el orgullo, a saber, el adiestramiento y la experiencia del artesano consumado. Cada vez era más frecuente definir a los trabajadores como personas que no habían recibido ninguna educación o que, habiéndola recibido, poco habían sacado de ella; y el contraste entre los que abandonaban la escuela y los que se quedaban en ella, o el contraste entre los que encontraban

29. Board of Trade, Report on Cost of Living, P.P. CVII, 1908, *passim*. La cita procede de la página 655.

30. *Ibid.*, p. 406.

31. R. Roberts, *The Classic Slum*, p. 13.

empleo gracias a la escolarización y los que no tenían necesidad alguna de ella —contraste que a veces se daba entre padres e hijos, aunque no tanto entre madres e hijos (véase D. H. Lawrence)— intensificó las diferencias percibidas entre trabajadores manuales y no manuales. Por otro lado, la descualificación bastante extensa que tuvo lugar durante los últimos treinta años antes de 1914 creó la frustración que Askwith, que en aquellos años era el principal mediador industrial del gobierno, juzgaba tan importante. Al joven trabajador:

... no le gusta reconocer ante sí mismo que no le están formando como mecánico, obrero de la construcción naval o de la construcción de casas, sino para ser un operario. Pero al poco la desilusión hace mella en la mayoría de ellos; y cuando un hombre está desilusionado, es muy natural que sienta amargura, y antagonismo ante el sistema que él considera la causa. ³²

Así pues, los horizontes del trabajador cualificado se veían cada vez más limitados por el mundo del trabajo manual, e incluso más en el caso de los menos cualificados. A pesar de sus diferencias, se vieron forzados a constituir una clase única al ser excluidos del resto de la sociedad.

En tercer lugar, los trabajadores eran segregados por la divergencia de los estilos de vida, de «lo que hacen los trabajadores» comparado con lo que hacen los miembros de otras clases. Así, parece claro que el fútbol, al conquistar el apoyo de las masas, se convirtió en una actividad cada vez más proletaria; tanto para los jugadores como para los aficionados. Sin duda era primariamente una actividad de los trabajadores más cualificados y más respetables, pero, en la medida en que el apoyo al equipo unía a todos los que vivían en Blackburn, Bolton o Sunderland, y en la medida en que el fútbol pasó a ser el principal tema de conversación en los «pubs», ³³ una especie de lengua franca para la relación social entre hombres, formaba parte del mundo de todos los trabajadores. Por otro lado, la peculiar forma obrera de apostar, que registró un claro incremento a partir del decenio de 1880, era proletaria de un modo espectacular. Era, como sugiere McKibbin, «la forma de ayuda propia obrera que

32. G. Askwith, *Industrial Problems and Disputes*, Londres, 1920, p. 10.

33. B. S. Rowntree, *Poverty and Progress. A Second Social Survey of York*, Londres, 1941, pp. 359-360.

más éxitos cosechó en la época moderna»,³⁴ una red ilegal (pero honrada en su casi totalidad) de transacciones financieras que llegaba a todas las calles proletarias y a todos los talleres. La misma distinción de clase hacia que el periódico dominical (cuyo tipo ideal fue *The News of the World* hasta que aparecieron los diarios proletarios) se separase cada vez más tanto de la prensa de calidad como de la prensa (cuyo precursor fue Northcliffe) de la nueva baja clase media. Y luego, como ya hemos apuntado, está la gorra.

Y finalmente, la clase obrera se vio menos segregada que alienada de la clase dirigente por dos acontecimientos a los que, junto con la caída de los salarios reales, Askwith atribuyó la agitación laboral de 1910-1914. Según dijo confidencialmente al gabinete, eran la ostentación conspicua de lujo que hacían los ricos, demostrada de forma especial por la utilización del automóvil, y el crecimiento de los medios de comunicación de masas, que incrementaban la coordinación nacional de las noticias... y de la actividad.³⁵ Cito a Askwith, no como prueba de que la plutocracia —el término pertenece al vocabulario político de la época eduardiana— fuera más dada a ostentar durante la *belle époque* que en tiempos de la reina Victoria, aunque es posible que sí lo fuese, sino como prueba de que existía la creencia de que la riqueza de los ricos era ahora más visible y ocasionaba mayor malestar.

Lo que significa todo esto es que iba en aumento la convicción de que existía una sola clase trabajadora, unida en una comunidad de destino con independencia de sus diferencias internas. Una clase en el sentido social y no únicamente en el sentido clasificatorio: un grupo en cuyo seno era ya absurdo hablar de «la clase de los mineros» como si fuera distinta de «la clase de los trabajadores del algodón», como Keir Hardie hacía aún a principios del decenio de 1880.³⁶ Y, a decir verdad, esto explica cómo un periodo que proporcionó abundantes razones para un crecimiento del seccionalismo y las rencillas internas entre grupos de trabajadores —uno piensa, por ejemplo, en la industria de la construcción naval— pudo ser también un

34. Ross McKibbin, «Working-class gambling in Britain, 1880-1939», en *Past and Present*, n.º 82 (1979), p. 172.

35. Citado en H. Pelling, *Popular Politics and Society in Late Victorian Britain*, 1968, p. 147.

36. Fred Reid, «Keir Hardie's conversion to socialism», en Asa Briggs y John Saville, eds., *Essays in Labour History 1886-1923*, Londres, 1971, p. 28.

periodo en el que los trabajadores se consideraban y actuaban como el Trabajo, así con mayúscula. La historia de esa mayúscula todavía no se ha escrito, igual que la historia de la clase obrera como nombre singular en vez de plural, pero poca duda cabe de que la transformación se hace perceptible en los veinte años anteriores a 1914. Y, de hecho, incluso en términos puramente económicos, a partir de 1900, y más aún a partir de 1911, se observa una convergencia, en lugar de una divergencia, entre índices salariales locales, regionales, para obreros cualificados y para los no cualificados. Como Hunt ha demostrado, hasta 1890 los sindicatos y todo el ambiente de las relaciones industriales en Gran Bretaña ayudaron a mantener la diferenciación salarial; entre 1890 y 1910 no ejercieron ninguna influencia clara en ninguno de los dos sentidos; pero en 1911 ya constituían una fuerza que ayudaba a reducir la diferenciación.

Los políticos se percataban de esta conciencia de clase, de lo que Chamberlain, en 1906, llamó «el convencimiento, nacido por primera vez en las clases trabajadoras, de que su salvación social está en sus propias manos».³⁷ Si se quería evitar que la política de partidos se identificase con el conflicto de clases, ahora había que mostrarse respetuoso ante la supremacía de la clase cuando se apelaba a los trabajadores por motivos partidistas. Rhondda, según proclamaban tanto su diputado, el liberal-laborista Mabon, como el periódico local, era «laborista en cada una de sus aspiraciones», pero lo esencial de esta observación era, por supuesto, argüir que no era solamente laborista: «Dado que no sólo de pan vivirá el hombre, los electores mineros de Rhondda son nacionalistas, son inconformistas», etcétera. La retórica política de la época eduardiana «tenía que utilizar un lenguaje, y en particular la palabra "laborista", para unir a sus seguidores en la pauta acreditada de la política»,³⁸ pues amenazaban con escaparse de ella. Allí donde, como en el Ulster y en el Liverpool de Salvidge, el atractivo de la religión y de la nacionalidad era suficiente, la clase no ocupaba un lugar importante —o no surtía mucho efecto— en el lenguaje de la política local.³⁹

37. Julian Amery, en James L. Garvin, *The Life of Joseph Chamberlain*, Londres, 1932-1969, vol. VI, p. 791.

38. P. Stead, «The language of Edwardian politics», en D. Smith, ed., *A People and a Proletariat*, Londres, 1980, p. 150.

39. P. J. Waller, *Democracy and Sectarianism: A political and Social History of Liverpool 1868-1920*, Liverpool, 1981, capítulos 7, 13-15.

Paradójicamente, la clase entró por vez primera en la política laborista utilizando la puerta de atrás. De hecho, en la medida en que se le viese como «un representante de clase», a un hombre se le consideraba «fuera del ruedo de la política de partidos», aun cuando, como individuo, fuese liberal, «tory» o, más raramente, socialista.⁴⁰ Esto no significaba sólo que los socialistas y los no socialistas podían colaborar felizmente en el nuevo Partido Laborista, y que los mineros acérrimamente liberales podían pasarse al laborismo sin cambiar sus opiniones. Significaba también que los trabajadores «tories» que no quisieran votar a los liberales podían dar su voto a los laboristas. Esto fue objeto de comentarios cuando en 1903 Will Crooks ganó en Woolwich un escaño tan imposible, que los liberales ni siquiera habían presentado un candidato a él en 1900; y era significativo en Lancashire, donde los trabajadores estaban divididos políticamente, aun cuando la «política de fábrica» de Joyce se hallase ya en rápida decadencia durante el decenio de 1890. Fue la cuenca minera de Lancashire la que tuvo con mucho la mayoría más grande a favor de la afiliación al laborismo, y en 1913⁴¹ los sindicatos de la industria algodonera, notorios por su falta de radicalismo, votaron a favor de la sobretasa política, con una mayoría considerable, en todas partes excepto en Oldham, que era un baluarte obrero de los «tories».⁴²

Con todo, hay que preguntarse si esto habría sido posible en el caso de que los intereses comunes de los trabajadores como clase no hubieran parecido ya, incluso en política, más importantes, al menos de una forma más inmediata, que otras formas de lealtad; cosa que, salta a la vista, no ocurría en Liverpool ni en Belfast. Muy pronto la opción a favor del laborismo tenía que convertirse en una opción *contra* otros partidos en vez de ser un medio de soslayar la política de partidos. Bien puede ser que el estancamiento del voto laborista después de 1906 refleje la dificultad de dar este siguiente paso. La guerra de 1914 eliminaría dicha dificultad.

Porque este paso entrañaba la visión socialista del partido inde-

40. H. Pelling y F. Bealey, *Labour and Politics, 1900-1906*, Londres, 1958, p. 158.

41. Ray Gregory, *The Miners and British Politics, 1906-1914*, Londres, 1968, p. 185.

pendiente y laborista, que era en esencia distinto de la anterior lucha por una representación independiente de la clase obrera en el Parlamento. Esta lucha había consistido fundamentalmente en la exigencia de que hubiera *algunos* trabajadores en el Parlamento que pudiesen hablar directamente a favor de los intereses concretos de los trabajadores manuales, del mismo modo que los administradores de las compañías de ferrocarriles hablaban en nombre de los intereses ferroviarios o los navieros hacían lo propio en relación con su ramo. Lo malo del Partido Liberal no era que, como partido nacional, se opusiera a esto —por el contrario—, sino que no alcanzaba a comprender que el nuevo concepto del laborismo independiente suponía algo más que un puñado de trabajadores autorizados o de diputados que antes eran trabajadores: un Joseph Arch, un Burt, incluso —¿por qué no?— un John Burns, que hablasen en nombre del trabajo del mismo modo que Cobden y Bright habían hablado en el de los manufactureros de Lancashire. Suponía que los trabajadores debían votar *exclusivamente* a favor de los representantes de clase. Como Ramsay Macdonald explicó en 1903, «tan pronto como hay un movimiento laborista en política, el significado mismo de la representación obrera tiene que cambiar», porque «la política laborista era la expresión de las necesidades de la clase trabajadora». No, añadió característicamente; «como clase, sino como principal constituyente de la nación».⁴³ Pero la lucha de clases no podía eliminarse tan fácilmente de la política de la clase trabajadora, sobre todo en un momento en que ambos bandos daban muestras de creciente acrimonia.

Esto me lleva a mi última observación: la conciencia de clase. He evitado deliberadamente identificar los sentimientos y las opiniones de la masa de trabajadores, en la medida en que sepamos cuáles eran, con los de la vanguardia de activistas y militantes, porque es evidente que las dos cosas no eran la misma. Los activistas estaban imbuidos del espíritu del inconformismo en un momento en que la disidencia disminuía. Manifestaban un fuerte desagrado ante muchos aspectos de la nueva forma de vida de la clase trabajadora, sobre todo la cultura futbolística. Cabría recopilar una voluminosa antología de los escritos en que los socialistas de la época expresaban el odio, las mofas y el desprecio que en ellos inspiraban la estupidez y la inercia de las masas proletarias. Cualquiera que fuese el significado

de la conciencia de clase para los militantes, las masas no se mostraban a la altura de las expectativas de éstos. Pero, también es un error ver a la clase trabajadora sencillamente como un submundo apolítico y estoico, un gueto compuesto por la mayor parte de la nación o, en el mejor de los casos, como una fuerza a la que era posible movilizar en defensa de sus estrechos intereses económicos, como sindicalistas en potencia o reales. También adquirieron una conciencia de clase. No quiero dar demasiada importancia al hecho de que una minoría reducida de trabajadores se convirtiera al socialismo, aunque no se trata de un fenómeno insignificante; ni tan sólo al éxito asombroso que obtuvieron esta minoría y sus organizaciones en su intento de que las aceptaran como cuadro de líderes y «trust» de cerebros a partir del decenio de 1890. Los movimientos obreros necesitan líderes y los líderes necesitan preparación. Desde el resurgimiento del socialismo, las organizaciones de la izquierda socialista han proporcionado, con mucho, los mecanismos más eficaces tanto para unir a la élite autoelegida de trabajadores capacitados, inteligentes, dinámicos e innovadores —principalmente trabajadores jóvenes— como lo que es, con mucho, el mejor marco para la formación de éstos. En este período estas personas iniciaron su carrera en calidad de socialdemócratas, seguidores del Partido Laborista Independiente o sindicalistas revolucionarios, del mismo modo que durante el período de entreguerras los futuros líderes del sindicalismo nacional empezaron en el Partido Comunista. Fueron aceptados como líderes por personas que no compartían sus puntos de vista, porque eran los mejores y tenían ideas útiles e ideas que en apariencia no lo eran. Pero es obvio que en la transformación política del laborismo hay algo más que esto. Lo que tenemos que explicar es la transformación de los mineros, que de ser un grupo notoriamente inmune a la llamada de los socialistas pasaron a ser lo que se ha denominado «la guardia pretoriana de un Partido Laborista explícitamente socialista».⁴⁴ Lo que tenemos que explicar no es únicamente por qué ocurrió esto en zonas donde se libraba una encarnizada batalla de clases, como el sur de Gales, sino también en zonas donde no había una militancia industrial digna de atención, como, por ejemplo, Yorkshire; no sólo en cuencas mineras donde a los mineros les iban mal las cosas, como Lancashire, sino en algunas donde sucedía lo contrario.

44. Gregory, p. 178.

A diferencia de los progresos que hizo el movimiento sindical en este período (duplicó el número de sus afiliados y luego, tras un par de decenios, volvió a duplicarlo hasta alcanzar más de cuatro millones en 1914), es casi imposible trazar el mapa de los progresos de la conciencia de clase. El auge de algo que, incluso según nuestras pautas, es sindicalismo (y, en 1910-1914, militancia) de masas es, desde luego, indicio de que hubo cierta transformación, pero su naturaleza exacta no está clara. Los indicadores electorales nos fallan, en parte porque otros trabajadores no son tan identificables, como votantes, como lo son los mineros, pero principalmente porque las estadísticas del voto obrero independiente son oscuras antes de 1906 y no son significativas desde esa fecha hasta 1914. Sólo a partir de 1918, momento en que el laborismo aparece de pronto con el 24 por 100 del total de votos (en 1929 subiría hasta alcanzar el 37,5 por 100), el hecho de votar al laborismo puede tomarse como indicio razonable de conciencia de clase política. A partir de dicho momento, es posible afirmar que masas grandes y crecientes de trabajadores británicos consideran que el dar su voto al laborismo es una consecuencia automática de ser trabajadores. No ocurre todavía así antes de 1914. En 1913, incluso el 43 por 100 de los mineros seguía votando contra el pago de la sobretasa política del sindicato al Partido Laborista.⁴⁵

Sin embargo, aunque la formación de la conciencia obrera antes de 1914 no puede cuantificarse, es innegable que existía. En 1915 Beatrice Webb pudo decir:

El poder del movimiento radica en la obstinación masiva de la base, cada día más representativa de la clase trabajadora. Siempre que puede dirigirse a favor o en contra de alguna medida concreta, este sentimiento masivo se vuelve casi irresistible. Nuestra clase gobernante inglesa no se atrevería a desafiarlo abiertamente.⁴⁶

En 1880 nadie habría podido o querido hacer en serio semejante afirmación. Las dos naciones de Disraeli ya no eran los ricos y los pobres, sino la clase media y la clase obrera, una clase obrera en la que, en su entorno físico, sus prácticas y reflejos, puede reconocerse, al menos en las regiones industriales, la que Richard Hog-

45. *Ibid.*, p. 188.

46. Beatrice Webb, *Diaries 1912-1924*, Londres, 1952, p. 45.

gart describió basándose en la experiencia del período de entreguerras. En la medida en que no era deferente, apolítica y apática, sus opiniones políticas ya no se encontraban implícitas en una creencia general en los derechos del hombre, en la que los trabajadores no eran más que una nutrida sección de un término más exhaustivo: «el pueblo». Se apagan las ideas políticas del cartismo, ya sea como movimiento independiente de masas o como parte del radicalismo liberal. El último movimiento de este tipo fue fundado casi en el mismo momento en que se fundó el Comité de Representación Obrera. Unió a la izquierda que en el período medío de la época victoriana se aglutinaba en torno al *Reynolds News*, su inspirador, y a poderosas figuras liberal-laboristas como Howell, Fenwick y Sam Woods, con nuevos sindicalistas de la izquierda socialista: Tom Mann, Bob Smillie. John Burns le dio su bendición. Con todo, esta Liga Democrática Nacional desaparece antes de 1906 tras unos años de ejercer una influencia en modo alguno menospreciable. Dudo que alguna historia general de la Gran Bretaña de este período mencione siquiera su nombre. Incluso los historiadores de la clase obrera la consideran como poco más que una nota a pie de página. El futuro estaba en el Comité de Representación Obrera, y la esencia de su programa, cualquiera que fuese, consistía en servir específicamente las exigencias y aspiraciones de la clase trabajadora.

Me permitirán que concluya con un minero más. Escojo a Herbert Smith, 1862-1938, porque no era un activista de capilla inconformista, ni un hombre al que cupiera asociar con alguna ideología o, a pesar de su entusiasmo por la educación, con una gran afición a leer. Probablemente se encontraba tan cerca del minero medio como pudo estarlo cualquier otro líder (incluso entre los mineros, incluso en el sur de Yorkshire): un hombre lento, duro, de confianza, más aficionado al cricket y al Barnsley Football Club, a cuyos partidos asistía religiosamente, que a las ideas; un hombre más inclinado a pedirles a sus oponentes que salieran a la calle que a discutir. Herbert Smith avanzó ininterrumpidamente de comprobador de la cantidad de mineral extraído a la presidencia de los mineros de Yorkshire y finalmente, en el decenio de 1920, de la Federación de Mineros. En 1897, a los treinta y cinco años de edad, decidió dar su apoyo al Partido Laborista Independiente. Lo que hace que esta conversión sea significativa es la avanzada edad que tenía Smith cuando optó por ella. A partir de aquel momento fue siempre socialista y, si bien

durante el decenio de 1920 atacó a los comunistas, era, según las pautas de la época eduardiana, un miembro bastante izquierdista del citado partido. Es claro que no fue la ideología lo que le atrajo. Fue la experiencia de la lucha de los mineros y el hecho de que los socialistas exigían lo que, a su modo de ver, necesitaban los mineros: la legalización de la jornada de ocho horas, un salario mínimo garantizado y más seguridad en las minas.

Pero su elección expresó también una conciencia de clase visceral, militante y profunda cuya manifestación visible era su forma de vestir. Herbert Smith era famoso por su gorra. Una biografía suya lleva por título *The Man in the Cap* [El hombre de la gorra].⁴⁷ La llevaba como una bandera. Hay una fotografía de cuando, ya viejo, era alcalde de Barnsley. En ella aparece junto a lord Lascelles, éste con la elegancia, el bombín y el paraguas enrollado característicos de su clase, y el jefe de la policía del condado, que luce uniforme de gala. Herbert Smith, que era un hombre fornido, más bien gordo, llevaba la cadena y las insignias de alcalde, pero al mismo tiempo lucía su gorra. Uno podría decir muchas cosas sobre su carrera, no todas ellas lisonjeras, aunque desafío a quien sea a negarle toda admiración al hombre que, en 1926, se sentó a la mesa de negociaciones tocado con su gorra, sin la dentadura postiza, que había dejado sobre la mesa para sentirse más a gusto, y dijo «no» en nombre de los mineros a los propietarios de las minas, al gobierno y al mundo. Lo único que quiero decir aquí es que Herbert Smith como líder obrero y su carrera habrían sido impensables en cualquier período anterior de la historia de la clase obrera, y puede que también en cualquier período posterior. Fue fruto de la nueva clase trabajadora, a la que él ayudó a forjar, cuya aparición en los decenios anteriores a 1914 he tratado de describir en líneas generales. Ciertamente, era excepcional entre los millones de hombres que llevaban gorra; pero era excepcional sólo como árbol particularmente majestuoso en un bosque extenso. Había innumerables otros, menos prominentes, menos políticos, menos activos, que se reconocían a sí mismos en la imagen de Herbert Smith, y nosotros deberíamos reconocerles también.

(1981)

47. Jack Lawson, *The Man in the Cap: The Life of Herbert Smith*, Londres, 1941.